

Y después de tantos y tantos años, la encontré. La persona a la que por siglos había buscado, y que había asesinado tantas y tantas veces, todas sin éxito. Ahora sabía como matarla, acabar con su alma de una vez por todas y sin vuelta atrás, pero no tenía los medios. Sin embargo, aunque los tuviese ya era demasiado tarde. Un pacto había sido firmado.

Simplemente no nos reconocimos. Desde la última vez que nos vimos, yo había cambiado bastante (hay que actualizarse de vez en cuando) y ella en fin, lo de saltar de cuerpo en cuerpo se le da bien (no sé por qué será que cada cierto tiempo tiene que ocupar uno nuevo).

Al principio me preguntaba por qué coño lo hice, por qué de todas las personas con las que podía haber tenido un encuentro aquella noche fue con ella con la que decidí tener una charla. El pacto no era nada serio, simplemente buscaba una daga y ella parecía interesada en el tema, pero no se atrevía a hablar con desconocidos porque decía que era miedosa (y con razón).

Quizás firmé por las horas, porque estaba cansada o porque, digámoslo así, ese cuerpo no estaba nada mal.

Después de tantos años de intentar y fallar y como no poseía la daga aún (maldito niño ladrón, como lo pille le arranco hasta el último suspiro lentamente para que sufra...) decidí hablar con mis hermanos de no sangre (y media alma jeje) para cambiar de estrategia y vengarnos de una manera más inteligente y no tan sangrienta, que mancha menos las manos y me acabo de hacer la manicura. Me costó un poco convencerlos pero lo conseguí.

Hablé horas y horas con Ishtar a escondidas de todo el mundo porque había demasiadas narices metidas donde no les llamaban y cada momento que pasaba con ella me hacía recordar aquellos días en los que no mataba sino curaba a todo aquel que lo necesitase. El ángel de los ángeles, decían...

Así que, ya que ambas sabíamos que no podíamos difundir información de la otra, decidí contarle todo lo que pasó (para yo qué sé, desahogarme un poco de mi trauma, quizás), empezando con que mi padre adoptivo abusó de mí a mi corta edad de 10 años. Cómo su mano se deslizó por mi blanco camisón de algodón intentando llegar a lugares que ningún padre, biológico o adoptivo, debería profanar. No recuerdo mucho, sólo recuerdo que en la primera puñalada la sangre brotó salvaje, incontrolable (no por mucho tiempo) y que no sentí nada más que una agradable energía que recorría mi cuerpo desde la punta de mis dedos de los pies hasta el último pelo de mi larga cabellera rubia. Y justo cuando más poderosa me sentía, mi vista se nubló (vaya faena).

Desperté en otro lugar, un lugar desconocido. Me llamaron la atención una especie de árboles con flores vistosas de los que salía un extraño ruido, como un

ronquido, y decidí ir a verlos más de cerca. En el momento en el que me fui a poner de pie, vi mi camisón blanco y mis pequeñas manos totalmente manchadas de sangre. Pero no me asustó, simplemente ahí estaba lo que quedaba de ese desgraciado que decidí llevarme a casa, ahora sé con qué intenciones.

Pasaron unas horas hasta que alguien me recogió. Llevaban túnicas rojas, del color de la sangre que teñía mis atuendos. Parecieron interesarse por mí, decían que tenía potencial y que iban a hacer una gran manipuladora de sangre de mí (ni idea de lo que eso significaba).

Junto a Eshtar los años pasaban rápido. Yo aprendía a gran velocidad y él me enseñaba más y más, alimentando mis ganas de saber, aprender y, sobre todo, ayudar a los demás. Sanar heridas era muy sencillo, pero las lágrimas de felicidad de mis pacientes era lo que más me llenaba en el mundo. Además de mis quehaceres de sanadora y seguir estudiando para poder manipular mi elemento con mucha más facilidad de la que ya poseía, ayudaba a Eshtar en su incansable búsqueda de su hija, Ishtar. Bueno, en realidad no era su hija, pero la quería como tal y eso me ponía un poco nerviosa.

La quería más de lo que me había querido a mí nunca, y eso que ella lo abandonó para volver a ese horrible mundo humano (que quería ver mundo, decía). Me hizo buscarla y buscarla y no fui capaz de dar con ella. Al menos no a tiempo, porque su impaciencia lo llevó digamos que a fraccionar mi alma y usarla para crear un bicho feo y malo que buscarse a su hijita. Y así me dejó, tirada como un trozo de basura (basura que había estado sirviéndole tantos años, por cierto).

Evidentemente no fui la única que tuvo ese destino, pero sí una de las cuatro supervivientes de aquella masacre. Cientos de personas murieron porque el señor Sangre necesitaba encontrar a su hija y atarla con una correa cual perro para que no volviese a salir, porque yo creo que estaba empezando a obsesionarse.

Y ahí fue cuando decidí que me vengaría de la forma más cruel que se me ocurría: matar a esa Ishtar. Y bueno, ya después de esto llegamos al punto de inicio de la historia.

Al oír esto, Ishtar empezó a ver a su padre con otros ojos. Desconocía la gran masacre que había supuesto encontrarla cuando ella no quería que ni una gota de sangre fuese derramada. Sin embargo, su padre hizo oídos sordos a sus deseos y segó cientos de almas aunque podría haber esperado un poquito más (en fin, carencias). Quizás todo lo que ha escuchado de Aíma y recuerda de ello está mal, pero no tan mal teniendo en cuenta lo que ha ocurrido.

No se siente del todo segura con su padre sabiendo qué ha hecho y lo que es capaz de volver a hacer y Aíma parece una buena forma de mantenerse segura y sobrevivir.

Aunque una cosa queda en claro, ni su padre es tan bueno, ni Aíma tan cruel y naturalmente destructiva como creía.